

DOS ASEDIOS A HIDALGO

Xavier TAVERA ALFARO

ECOS DEL BICENTENARIO del natalicio de Hidalgo, dos libros más* han venido a engrosar la bibliografía del Padre de la Patria. El uno trata de despejar las brumas que sobre la estancia de Hidalgo en Jalisco ha ido tendiendo el tiempo; el otro va espigando por el difícil campo de las ideas para presentarnos el Hidalgo caleidoscópico que los mexicanos han formado al recrear la figura del Cura de Dolores.

El primero de estos volúmenes trae consigo la frescura del paisaje provinciano, pues ha salido de las prensas de la ciudad de Guadalajara, y en él pretende su autor rastrear, con fino olfato, la huella de los acontecimientos jaliscienses de la vida de Hidalgo. El señor Amaya demuestra un vasto conocimiento, rayano en la erudición, del período histórico de la insurgencia. Además, posee la enorme virtud de haber sabido digerir y asimilar toda la masa documental que apun-tala su libro; con notable agilidad, sin referencias al pie de página, va intercalando las ideas sustanciales de su andamiaje erudito.

Aun cuando las fuentes documentales son múltiples —ya lo hace ver el autor en su apéndice bibliográfico—, sobresalen las referencias presentes en los documentos que para el estudio de la Independencia lograron recoger Hernández y Dávalos y Genaro García en sus respectivas *Colecciones*, particularmente las contenidas en la del primero.

Sin embargo, a pesar de este respaldo, cuélanse junto a los datos indiscutibles algunos otros poco sólidos, que más que de una fuente seria e irrecusable parecen tomados de las tradiciones populares y de los aspectos legendarios que sobre el

* Jesús AMAYA, *Hidalgo en Jalisco. Ensayo bio-historiográfico*. Sociedad Impulsora de las Letras, Guadalajara, 1954; 282 pp.

Juan HERNÁNDEZ LUNA, *Imágenes de Hidalgo*. Ediciones del Bicentenario del Nacimiento de Hidalgo, Consejo de Humanidades Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1954; 178 pp.

héroe se han venido acumulando a lo largo del tiempo. Tal el caso de “la Fernandita” que, de la manera como está relatado en el capítulo 10, tiene un fuerte sabor popular y ofrece muy poca consistencia frente a la crítica histórica. O bien, ciertos otros datos que adolecen de lo que llamaríamos “exceso de información” (una información optimista y sin verificar), como el que se nos presenta en la p. 162, donde, al referirse a “la parentela”, consigna Amaya que todos los datos sobre los antepasados del Padre de la Patria constan “en una «relación de méritos» que se hizo en Valladolid en el año de 1776 en el Colegio de San Nicolás, de eclesiásticos y seminaristas distinguidos”, la cual, añade el autor, fue reintegrada muy recientemente al Colegio de San Nicolás “por disposición póstuma de don Enrique Arreguín Oviedo”. Si se refiere a los documentos que el 8 de mayo de 1953 fueron entregados a la Universidad de Michoacán, en ellos no constan las actas a que alude el autor, sino que se refieren exclusivamente a las cuentas que llevó Hidalgo como contador del Colegio de San Nicolás. (Hay, además, un pequeño grupo de documentos en que el obispo electo Abad y Queipo solicita tierras de los “propios” de la ciudad de Valladolid para cultivar morera y explotar el gusano de seda.)

Con lenguaje sencillo y sin pretensiones han sido redactados los catorce capítulos que forman la obra; tiene ésta la calidad de una amena narración, respaldada en un vasto conocimiento acerca de la época. A nuestro juicio, sin embargo, algunos de los capítulos están de más; si se pretende indagar la realidad histórica en torno a Hidalgo en Jalisco, creemos que las referencias a los retratos, a la parentela o al intendente Anzorena vienen sobrando. En cambio, creemos que hubiera sido conveniente calar más hondo en el problema de la abolición de la esclavitud, anotando los antecedentes, las consecuencias y la enorme trascendencia del hecho. Por otra parte, pudo haberse estudiado con mayor detenimiento lo relativo al periódico *El Despertador Americano*; ello nos hubiera puesto en contacto con las ideas, no solamente de Hidalgo, sino de sus colaboradores, y además nos hubiera dado una clara visión de la ideología y las tendencias revolucionarias en torno a los problemas de la tierra, la propiedad, la

distribución de la riqueza y el nuevo tipo de gobierno que se pensaba establecer. En una palabra, nos hubiera aclarado el viejo y debatido problema de si Hidalgo tuvo o no un plan en la realización de la Independencia.

A pesar de estas fallas, es un buen libro el de Amaya, pues a las cualidades mencionadas debemos agregar que ha sido escrito con un gran cariño por la figura de don Miguel Hidalgo.

EL SEGUNDO LIBRO comentado aquí pertenece al plan que el Consejo de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma ha preparado para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Hidalgo. La obra de Hernández Luna, como la de don Gabriel Méndez Plancarte, penetra en el camino de las ideas, y nos ofrece las diferentes visiones o imágenes que de Hidalgo se han tenido desde antes de la guerra de Independencia hasta nuestros días. Antecedentes de este trabajo son el discurso que su autor pronunció el 8 de mayo de 1948 en el Colegio de San Nicolás de Morelia y el artículo publicado en el número 10 de *Historia Mexicana*. Ya en el citado discurso se nota la preferencia del autor por ir rastreando las diferentes ideas que se han tenido a lo largo del siglo XIX y lo que va del XX acerca de Hidalgo; ahora, en el libro, su sistema se nos presenta más maduro.

Hernández Luna ha encontrado que, para el pensamiento realista, Hidalgo resulta un ser "demoníaco", un "teólogo soberbio" que por su actitud queda expulsado del mundo de la hispanidad, dejando por ello de ser español, hombre civilizado, cristiano, católico, y convirtiéndose en un cafre, en un bárbaro (p. 29). Las fuentes que maneja son bastante buenas (desde los edictos y exhortaciones apostólicas hasta los sermones y folletos venenosos abiertamente anti-hidalguistas); sin embargo, creemos que podría haber consultado, para ampliar y matizar el capítulo, algunas otras fuentes, como los artículos de las *Gacetas* o el *Manifiesto filantrópico* del oidor Manuel del Campo y Rivas. Con ello, el resultado habría sido seguramente el mismo, pero nos hubiera quedado una visión más completa de la actitud de los realistas y "gachupines" frente a Hidalgo.

Continúa el autor estudiando lo que llama "El pensamiento racista". Considera que la "máscara de difamación y desprestigio con la que los pensadores realistas desfiguraron la verdadera personalidad de Hidalgo, no sólo ha impedido ver la esencia intelectual, sino también su recio perfil de reformador agrario" (p. 41). Leyendo con "malicia intelectual" los documentos realistas, puede desprenderse que Hidalgo es el iniciador de una revolución agraria. "Sin ser marxistas, estos pensadores vieron con claridad el carácter de lucha de clases o de razas que en el fondo movía a la revolución iniciada en Dolores" (p. 49). También cabe hacer a esta parte del segundo capítulo una observación sobre la bibliografía utilizada. Maneja el autor la *Colección* de Hernández y Dávalos, pero descuidó la *Colección* de Genaro García, cuyo abundante material hubiera servido para dar mayor solidez a sus afirmaciones, las cuales, por lo demás, nos parecen acertadas.

Después de estudiar el "Pensamiento eclesiástico antihidalguista" en el tercer capítulo, muestra en el siguiente cómo, aun en el seno de la Iglesia católica, las divergencias en la concepción y recreación de Hidalgo llegan a la más absoluta discrepancia.

Ignacio Ramírez y Melchor Ocampo, "los dos ideólogos más grandes de nuestra revolución de Reforma" (p. 93), vienen a crear otra imagen más. Movidos por la trágica realidad histórica del momento, estos dos pensadores hacen aparecer al Padre de la Patria como el "demiurgo" de la mexicanidad. Y esta imagen, necesaria en aquel momento en que "los hombres más prominentes del partido conservador gestionaban en Europa la erección en nuestra patria de un gobierno monárquico", surge espontáneamente de labios de los defensores de nuestra independencia y nacionalidad.

Sigue exponiendo Hernández Luna las diversas concepciones que han tenido de Hidalgo los diferentes pensadores mexicanos, y al mismo tiempo descubre cómo estas imágenes van correspondiendo a una determinada actitud asumida por los intelectuales frente a los hechos de nuestra historia. Si el movimiento de Reforma tiene una visión muy especial de Hidalgo, la paz porfírica con su positivismo forjará otra, y la Re-

volución de 1910 labrará también su imagen personal del Cura de Dolores.

Pero junto a estas imágenes, más o menos determinadas por las diversas actitudes políticas e ideológicas, viene la imagen que nos dan de Hidalgo los humanistas, quienes, como Alfonso Reyes y particularmente Gabriel Méndez Plancarte, nos revelan al intelectual de enorme talla que no solamente se muestra como el iniciador de la Independencia, sino además como uno de los revolucionarios ideológicos más notables de nuestro siglo XVIII.

Hernández Luna, que también ha meditado sobre la figura del iniciador de la Independencia, nos pinta finalmente a Hidalgo tal como él lo concibe; sus elucubraciones constituyen la tercera parte del libro.

Hidalgo, dice, es ante todo un intelectual, un hombre cuyo prestigio fue reconocido no sólo por sus aliados, sino por sus propios enemigos. Para el arzobispo Lizana, para Reygadas, para Rivera, para todos, es un sabio. Pero es además el universitario que, por su cultura, por su formación y por la perfecta armonía que logra entre la teoría y la práctica, resulta el primer universitario de verdad. Dentro de este marco de ideas, Hernández Luna descubre seis actitudes o etapas en la vida intelectual del Padre de la Patria: a) el colegial, estudiante y profesor, o Hidalgo como reformador universitario lleno de preocupaciones por innovar la enseñanza de la filosofía; b) el "teólogo *ludens*", que juega y se divierte con la teología; c) el "*cura faber*", que lleva a la práctica, en el curato de Dolores, sus ideas de reforma económica, fundando y dirigiendo industrias; d) el Hidalgo "afrancesado", lector de autores franceses, entre ellos los enciclopedistas; e) el Hidalgo libertador de esclavos, y f) el "Hidalgo universal".

Esta compleja imagen, podemos observar, es la síntesis de todas las imágenes anteriores. Las contradicciones de todo un siglo de recreación de Hidalgo han servido al autor para concebir un nuevo Hidalgo, tal vez más próximo a la realidad. Sin embargo, en este asedio a Hidalgo creemos que ha incurrido el autor en uno de los pecados originales de la recreación del héroe. En efecto, se empeña en seguir imaginándolo bajo la influencia de los enciclopedistas franceses, basado simple-

mente en las afirmaciones de los coetáneos de Hidalgo, quienes, para desfigurarle, para dar una imagen horrorosa de él, lo cargaron con el sambenito de "ilustrado" a la francesa. Es indudable que Hidalgo sufre la influencia del enciclopedismo, pero del enciclopedismo español, como, sin proponérselo, demuestra el propio Hernández Luna al hablar del "cura *faber*". Precisamente lo que hace Hidalgo en Dolores en favor del desarrollo de las industrias y de la educación popular no es sino llevar a la práctica las ideas de los ministros "ilustrados" de Carlos III. No hay en esto ninguna huella directa de los autores de la *Enciclopedia*.

Por otra parte, el autor transcribe casi íntegra la lista de los libros que poseía Hidalgo (p. 173), y no encontramos entre ellos ninguno escrito por los tan traídos y llevados autores franceses. (Desde el año de 1795 la *Gaceta de México* que publicaba Valdés, al dar noticias de los horrores de la Revolución francesa, había venido presentando como unos monstruos a sus ideólogos. Artículos de la misma índole vuelven a publicarse a raíz de la invasión napoleónica, echando sobre esos autores prohibidos la responsabilidad indirecta de la tragedia de España.)

Aun con este pecado capital, la imagen que de Hidalgo nos da Hernández Luna es una de las mejores contribuciones al retrato del Padre de nuestra Independencia.